

LOS CENTENARIOS

Durante todo el día se dedicó, junto a Patricia, su mujer, a buscar en todos los rincones de la hacienda. Maldito abuelo, si ya en vida nos hizo la vida imposible, ahora ya muerto nos la hace peor, se dijo a sí mismo. Patricia le hizo ver lo inútil de la búsqueda.

-Ni siquiera sabemos donde está él enterrado menos vamos a saber dónde escondió esos famosos centenarios de los cuales yo ni creo que existan.

-Claro que existen, mi madre siempre habló de ellos, los vio cuando era niña, el abuelo se los enseñó cuando cumplió sus quince años prometiéndole que iban a ser para ella cuando se casara y tuviera hijos. Los vio la última vez que vino a este lugar, dos años antes de que desapareciera el abuelo.

-Si los vio sabrá dónde los guardaba.

-Los guardaba en una olla, una olla grande de barro.

-Las ollas se guardan en la cocina, entonces debe estar ahí, busca en la chimenea.

-Ya busqué.

-Mira, ya tengo frío y hambre. Lo que tienes que hacer es vender esta casa vieja y lo poco que queda de terreno y punto. Ya va a anochecer y no quiero pasar la noche en un lugar tan feo.

-¿Vender para que otro se quede con todo el dinero? Te digo que es una olla, una olla muy grande. Dice mi mamá que los centenarios estaban hasta arriba. Deben ser cientos de monedas y al cambio actual deben valer varios millones.

-No los quiero, con lo que tenemos basta.

-Yo sí los quiero y no por su precio sino para gastármelos, para botar el dinero en cosas que no valgan nada, que no me importen, como ropa de

marca, auto caro, viajes en avión en primera, paseos en yate, propinas elevadas.

-No te entiendo y me estás asustando. Tú no eres así. ¿De cuándo acá te importan todas esas cosas? Si me casé contigo es...

-No te asustes, no he cambiado.

-Acabas de decir que todo ese dinero, si es que lo encuentras, va a servir para despilfarrarlo en tonterías.

-Es para fastidiarlo, para fastidiar al abuelo. Era un viejo avaro que nos hizo vivir en la pobreza mientras él acumulaba oro y más oro en una pinche olla. En mala hora murió mi padre y mi madre se tuvo que venir a vivir a este lugar. Yo nunca tuve nada. Nada de lo que me importaba: Juguetes, plumas para escribir, ropa para ir a fiestas, libros para leer, un radio propio y mil cosas. Nada de eso es necesario, decía él. Y nada me compraba. Tampoco a mi madre o a mi hermana.

-Pero los mantuvo. Esa no era su obligación.

- Éramos sus esclavos, teníamos que hacer todo lo que él mandaba. Ni a mi madre ni a nosotros dos nos pagó un centavo por nuestro trabajo. Mi madre se convirtió en su secretaria, en su cocinera, recamarera, costurera, ama de llaves y cuidadora de su dinero. Nosotros en sus mandaderos, en sus hazlo todo y no recibe nada. ¡Viejo cabrón! Pero ahora que vea como boto su lana se va a torcer todito dentro de su tumba, si es que la tiene.

-¿Están seguros que murió? ¿qué tal y un día se aparece por acá?

- Tendría más de cien años. Desapareció cuando tenía ochenta y cinco y de esto ya pasaron como veinte.

-Y hasta ahora te da por venir a buscar.

-No quería regresar a este lugar. Lo detesto igual que a él. Aunque en compensación estoy seguro que él también me odiaba. Le recordaba a mi padre por lo parecido que soy.

-¿También lo odiaba a él?

-Mi padre se robó a mi madre, que era la consentida del abuelo, cuando esta tenía diez y ocho años. Se la llevó a Guadalajara. El abuelo jamás les perdonó a ninguno de los dos esto. De ella se vengó día tras día cuando tuvimos que venir a vivir a esta hacienda. Con él, con mi padre, no pudo hacer nada pues cayó fusilado por las fuerzas de Huerta. Entonces el que tuvo que pagar el pato era yo...y lo pagué. Vaya que lo pagué: Privaciones, insultos, golpes. Por cualquier falta me agarraba a cinturonzos, y si no había la tal falta él la inventaba. Él chiste era pegarme. Eso lo disfrutaba.

-¿Tu madre lo permitía?

- No le quedaba de otra. En esos tiempos una mujer no tenía muchas posibilidades de trabajo. Ahora, ya pasada la mitad de siglo es otra cosa.

- Lo mejor es olvidar todo. Repito que ya oscureció, debemos irnos. Tu abuelo ya está muerto, qué ganas con esto. Piensa en nuestros hijos, en tu trabajo.

-Creo que tienes razón. Vámonos. Nunca debí regresar.

Ella, feliz por abandonar el lugar y él, triste por no haber conseguido nada, se dirigieron a la cochera de la hacienda. Él le preguntó que si quería llevarse algo de la casa, como ese Crucifijo antiguo o la pintura de los volcanes. Ella dijo que nada, que no quería nada de esa casa donde él tanto había sufrido. Al llegar al auto vieron que dos llantas estaban bajas. Podían cambiar una con la de refacción pero no las dos. El pueblo estaba a más de cinco kilómetros y por el camino no pasaba nadie. No tuvieron más remedio que regresar al casco de la hacienda para dormir con la idea de salir lo más temprano que pudieran para solicitar ayuda y regresar a su casa. Patricia, a pesar del poco tiempo transcurrido, ya empezaba a extrañar a sus hijos.

-No entiendo lo de las llantas. Que se baje una...

- En la cochera deben estar tirados muchos clavos, muchos picos.

- ¿Y si alguien las bajó?

-¿Quién. Aquí no vive nadie.

- No lo sé.

-Vamos a dormir. Mañana será otro día.

Dos horas después los despertó un ruido como de metales al chocar seguido de un quejido, un quejido prolongado, grave, como de alguien a quien le aplicaran un tormento.

-¿Oíste?

- Sí.

- Qué es.

- No sé, debe ser en otro lugar.

- Se escuchó cerca.

- No estamos acostumbrados a los ruidos de un sitio como éste.

- Tengo miedo.

- Ya no se oye nada. Duérmete.

Ahora fue el sonido como de pasos, pasos apresurados, pasos de alguien que calzara botas. El sonido era como el que se escucha en un desfile militar. Uno, dos, uno, dos, uno, dos. Al terminar en lugar del lamento se escuchó una risa contenida y el murmullo de palabras. Después escucharon como corría alguien por los pasillos o al menos eso hacía pensar el sonido. Patricia aterrada se abrazó a su marido.

-No te asustes. Debe ser el sonido del viento o de algún animal. A estas haciendas abandonadas entran gatos, zorrillos...

- Era risa de un hombre.

-Mira, voy a salir para ver si alguien se metió a la hacienda. Eso puede ser.

- ¿Me vas a dejar sola?

- No me tardo. Aquí tengo la linterna. Veo que no haya nadie y me regreso. Si quieres cierra la puerta por dentro y me abres cuando toque.

-Yo no me quedo sola.

Ahora el ruido fue como de aves que volaran cerca, muchas aves, cientos de aves. Al mismo tiempo empezó a soplar un viento frío dentro del cuarto. Patricia sin poder evitarlo gritó. Fernando de un brinco se levantó a encender la luz pero pronto se dio cuenta de que no había, alguien la había desconectado. Ahora él también emitió una especie de grito ahogado. Tomó aire y fue a sentarse junto a su mujer en la cama.

-¿Qué hacemos?

-Esperar.

- ¿Esperar a que nos maten?

- Esperar a que haya luz, a que salga el sol.

- Falta mucho.

-No podemos hacer otra cosa.

-Tú tienes la linterna. Vamos a ver que hay afuera.

-Puede ser peligroso, no se sabe si entró alguien a robar o...

-¿Tú también tienes miedo?

- No puedo dejar de tenerlo.

Empezaron a tocar a su puerta, primero pequeños toquidos, como dados con los nudillos de la mano, después más fuerte, como con las palmas, después se volvieron estridentes, como si alguien golpeará con un tronco grueso de árbol. Patricia y Fernando hipnotizados se quedaron viendo la puerta esperando el momento en que ésta se viniera abajo por los golpes. Estos cesaron abruptamente. Se hizo un silencio, silencio total, un silencio que nunca se percibe en la ciudad. Patricia empezó a llorar. Fernando sin saber que hacer se contentó con abrazarla.

-Vamos afuera, dijo ella.

- No, dijo él.

Ella nuevamente se puso a llorar.

-¿Estás segura de querer salir?

- Quiero irme de aquí, aunque sea de noche. Mil veces mejor estar en el camino que entre estas paredes. Quiero salir para irme.

- Las llantas están bajas.

- Nos vamos caminando o cómo sea. No puedo soportar un momento más en esta casa.

-Está bien. Vamos.

-Enciende la linterna.

-No funciona.

- Con luz o sin ella me voy.

- Dame la mano.

Al salir al pasillo un fuerte viento los separó. Volvieron a unir sus manos. Pegados a la pared fueron caminando con dificultad. De repente vieron a lo lejos una luz. Una luz no muy intensa que parpadeaba como la luz de una vela.

-Alguien está allá.

- Vamos.

- ¿Y si son los ladrones o algún asesino?

- ¿Quieres volver al cuarto?

- No.

Lentamente se aproximaron al lugar donde estaba la luz. Esta no provenía de ninguna veladora. Era una luz que flotaba en el aire pero que no se movía del lugar, un nicho con una imagen religiosa de piedra.

-Vámonos ya de aquí.

-Espera.

- ¿Estás loco? Mira esa luz, no viene de ningún sitio.

- Nos quiere indicar algo.

- Es una señal para que huyamos lo más rápido posible.

-No. Leí que donde aparece la luz es donde depositaron su dinero los muertos. Aquí debe estar la olla.

- Te suplico que nos vayamos.
- No puedo. Tengo que ver si es verdad.

Sin hacer caso a la mujer que recargándose en la pared volvió a llorar Fernando se puso a mover la figura religiosa. Al hacerlo se desprendió la pared posterior dejando a la vista una gran olla de barro. Una olla elegante, con dos asas y pintada toda de rojo con dibujos geométricos resaltados. Una pieza de museo.

- Aquí está. Somos ricos.
- No la muevas, tapa ese hoyo.
- No que muy cabrón, abuelo. Mira, ya encontré tu dinero y me lo voy a gastar. Ni para esconderlo fuiste bueno.
- Por lo que más quieras deja esa cosa en su lugar. Hazlo por tus hijos, por mí.
- ¿Te dolía gastar en vinos? Pues hoy mismo compro vinos franceses, españoles, alemanes. ¿Te dolía gastar en ropa? Hoy mismo me compraré trajes, un smoking blanco y otro negro, seis suéteres de cachemira, bufandas de seda... ¿Te dolía gastar en viajes? Hoy mismo voy a reservar un viaje alrededor del mundo, lo haré en primera, a todo lujo. Los hoteles serán de cinco estrellas y si hay de diez pues qué mejor.
- Fernando, escúchame.
- También repartiré tus monedas entre los pobres, me iré a jugar ruleta a la Costa Azul, le haré un monumento de mármol a mi padre al que tanto odias.
- Si tú no te vas yo sí.
- Aquí nadie se va. Ayúdame a sacar la olla.
- No lo haré.
- Es una orden, la primera que te doy en la vida.

Patricia asustada ayuda a su marido a sacar la olla del lugar. Es muy pesada. Fernando la regaña por no tener cuidado. Al fin logran ponerla en

el piso. La olla está cubierta con un paño negro, probablemente confeccionado de terciopelo pero que con el paso del tiempo y la humedad lo han modificado hasta hacerlo desconocido.

-Por última vez te suplico que no lo toques, que no quites ese velo.

- ¿Cuántos centenarios crees que encontremos? Por el tamaño de la olla pienso que como unos seiscientos o más.

- Déjalo.

- Mira.

De un jalón arranca la tela. Sus ojos se desorbitan al mirar hacia dentro. Del interior empiezan a salir los huesos del abuelo mientras una risa se escucha. Poco a poco se va articulando el esqueleto. Ya completo avanza hacia Fernando. Los huesos de la mano llegan a su garganta y aprietan, aprietan...

-Déjelo abuelo, déjelo, por lo que más quiera, déjelo. ¡Fernando, mi cielo, no te mueras! ¡Nooo!

Tomás Urtusástegui

Octubre 2005